

Excmo. Sr. Ministro, Sr. Presidente de la RAE, autoridades, apreciados asistentes...

Buenos días a todos, egun on.

Es un verdadero honor, y un placer, estar hoy aquí en este acto que abre las jornadas dedicadas al euskera. El hecho de que para esta ocasión nos hayamos dado cita las instituciones que estamos hoy representadas en Madrid es motivo para mí de una gran satisfacción. Por eso quiero agradecer públicamente esta iniciativa a los promotores y organizadores de este encuentro, e infinitamente a la Academia por recibirnos en su casa.

La lengua vasca, que hoy cuenta con más de 850.000 hablantes, es una lengua con una larga trayectoria histórica, aunque a la escritura aflorara relativamente tarde. Los testimonios directos más antiguos, dos glosas no fáciles de interpretar, se remontan a un documento del siglo XI, el mismo en el que el castellano comenzó a ser escrito, por lo que ambas lenguas comparten el punto de partida en su respectiva historia literaria. En el caso vasco, no obstante, no será hasta mediados del siglo XVI cuando, al arrimo del Renacimiento cultural y lingüístico, se establezca una tradición escrita ininterrumpida.

La comunidad de habla vasca ha ido siendo testigo de muchos de los cambios sociales y culturales producidos en la Península Ibérica a lo largo de la historia. Es probable, aunque no seguro, que mantuviera contactos continuados con civilizaciones paleohispánicas que nos han dejado testimonio de

su existencia, como la ibérica o la celtibérica. El contacto con los romanos llegados a partir del siglo II a. C. dejó una impronta indeleble en una parte del léxico vasco, prueba manifiesta de la intensidad de aquellas relaciones. De época romana, ya en la nueva era, son las inscripciones de Aquitania, que contienen nombres propios (antropónimos y teónimos) cuya afinidad con el euskera está fuera de toda duda, de forma que podemos afirmar que aquel idioma aquitano –que también dejó algún rastro al sur de los Pirineos– es el ancestro más o menos directo de la lengua vasca actual.

Posteriormente, la vecindad de la lengua vasca con los romances a partir de la Edad Media ha producido nuevos intercambios de rasgos lingüísticos, tanto en la fonética como en el léxico, entre el euskera y el castellano en el sur y el euskera y el gascón o el francés en el norte. Algunos préstamos de palabras son evidentes: *izquierdo* en español procede del vasco *ezker*; a la inversa, una palabra como *aitzakia*, que significa en euskera “pretexto” o “excusa”, debe su origen al castellano *achaque*, documentado con esa acepción en obras clásicas como el *Lazarillo de Tormes*. Los ejemplos son numerosos. A este respecto me gustaría mencionar que en la primera mitad del siglo XVIII, ya en tiempos más recientes, el guipuzcoano Manuel de Larramendi pudo ejercer cierta influencia en las decisiones que tomó la Academia de la Lengua Española en relación con el origen de algunas palabras castellanas, como mostraron Corominas y Pascual en su etimológico. Curiosamente, algunas de las propuestas de

Larramendi (en realidad, del suletino Oihenart) incorporadas en su día al Diccionario de Autoridades y que en la actualidad no todas se sostienen, siguen estando presentes en el diccionario de la RAE (al menos en su edición electrónica).

Tras siglos de contactos con diversas culturas y lenguas, el euskera, que ha perdurado durante todo este tiempo de manera casi inexplicable, mientras tal vez docenas de lenguas preindoeuropeas sucumbían una tras otra, sigue siendo un testigo excepcional de la historia, que atesora en su léxico e incluso en su estructura gramatical información de primer orden acerca del pasado lingüístico del norte peninsular. Esa es, junto con sus peculiaridades morfológicas y sintácticas, la razón quizá principal que explica el interés secular que la lengua ha despertado entre propios y ajenos.

Pero lo que nos sirve para conocer la historia, nos sirve, además, y esto es lo importante a día de hoy, para seguir adaptando la lengua a las necesidades cambiantes de los tiempos. Aunque nadie tenga la respuesta definitiva a esta cuestión, no parece descabellado pensar que una de las claves en la pervivencia de la lengua ha sido la habilidad de la comunidad lingüística vasca para adaptarse a su entorno en cada época, fueran las circunstancias históricas propicias o más bien desfavorables.

Los hablantes de euskera disponen hoy de un instrumento de comunicación diversificado, perfectamente adaptado a los diversos ámbitos expresivos y comunicativos. El proceso de estandarización dirigido a crear un euskera unificado que

serviera de referencia para todos los hablantes es una pieza esencial de la revitalización de la lengua en tiempos modernos, la base sine qua non de nuestro sistema educativo, nuestros medios de comunicación y nuestra administración bilingües. Aunque fraguó en 1968, gracias al empeño de gentes como el gran vascólogo Luis Michelena, el euskera estándar ha seguido fijándose y enriqueciéndose en los decenios posteriores. No es exagerado afirmar que ha sido ese euskera unificado el que ha permitido tanto los avances en la normalización de la lengua (hoy dos de cada tres jóvenes del País Vasco la conocen) como el despegue de las manifestaciones culturales en euskera. El esfuerzo en materia de léxico y de terminología ha sido –y continúa siendo– ingente, pero los resultados están a la vista. La integración del euskera en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, cuestión vital para las lenguas minoritarias –como ha señalado el lingüista David Crystal–, es un proceso imparable en el que la comunidad vasca se ha volcado de forma muy activa. No en vano el desarrollo de determinados recursos electrónicos se encuentra en la actualidad muy por encima del que suele caracterizar a las lenguas minoritarias e incluso supera a comunidades lingüísticas que cuentan con varios millones de hablantes. Por ejemplo, nuestra wikipedia tenía ayer 122.837 entradas y ocupaba el 36 en el ranking de lenguas, mientras el griego tiene 70.717 (y ocupa el puesto 48) y el letón (con el doble de hablantes que el euskera) 40.372 (y el puesto 64).

El vigor cultural y mediático de las lenguas que los bilingües vascos conocen y usan mayoritariamente (el español y el francés) suele ser considerado un factor que no actúa precisamente a favor del desarrollo y consolidación de la lengua vasca. Creo que debemos cambiar radicalmente de perspectiva: sustituir la idea de tensión constante entre lenguas por un marco colaborativo que busque –y además encuentre– el equilibrio necesario para que la gestión del bilingüismo contribuya a reforzar la convivencia y la cohesión de la sociedad vasca.

Y ¿Por qué no hacer esto extensivo a España, señor ministro? Demos la vuelta al "desprecia cuanto ignora" machadiano. Conocer es el primer paso del aprecio. El euskera, como todas las lenguas, es para comunicarse, para acercarse al otro y unir. Que se abran caminos para que cualquier persona en cualquier comunidad de España pueda acceder al conocimiento de las lenguas que son nuestro patrimonio. Y también que en RTVE se puedan oír las lenguas cooficiales es un paso no suficiente, pero sí necesario, para que su situación se normalice, no sólo en sus territorios, sino en todo el territorio español. Que las sintamos como riqueza, no como barrera. El euskera no es un muro, sino un puente. Y -- déjenme que les diga (algunos de vds. ya lo saben)-- que pocas cosas hay que ensanchen tanto el corazón de un vasco que oírles a cualquiera de Vds. unas palabras en euskera.

En este sentido, el de la labor común, aprovecho para agradecer públicamente al Instituto Cervantes su colaboración

con el Instituto Etxepare, su homónimo vasco, al que ya ha ayudado en múltiples ocasiones en su corta vida y con el que espero que profundicemos la relación en lo sucesivo.

En Euskadi, ahora que ha callado la violencia, queremos hablar. Pero hablar entre todos, y que las lenguas nos unan, sirvan para expresar sentimientos, para trabajar, para ser utilizadas cada día y en cada momento, para convivir. Debemos aprovechar el momento y, para ello, resulta indispensable la colaboración de todas las instituciones y los agentes sociales. El objetivo, desde luego, merece la pena: estamos tocando con los dedos (con permiso de Benedetti) un porvenir luminoso para nuestro pasado y, por supuesto, para nuestro presente.

Muchas gracias. Eskerrik asko!